

Con el verso de Vinyoli dedicado a Li Po «sóc en l'antiga llar de...», el nuevo pliego de poemas editado por Papers de Versàlia ha reunido obra de quince

poetas escribiendo sobre sus autores de referencia o artistas en general que les han inspirado. Presentado el pasado viernes en la Casa Taulé, sede de la

Alianza Francesa, la plaquette cuenta con nombres de referencia y otras voces nuevas que se editan pulcramente con ilustraciones de Natividad Ayala.

En la casa solariega de la poesía

La nueva plaquette de Papers de Versàlia es un homenaje a autores de referencia

Tal vez moldea la familiar proximidad de la habitación de la poesía. Seguramente, tiene este íntimo deleite la mirada poética de Víctor Mañosa, seguramente por eso estuvieron sus versos flotando desde el inicio hasta el final de la lectura. O eso le pareció a uno.

Los estándares de jazz interpretados por las concertistas Glòria Alabern y Raquel Prat, corno inglés y acordeón, conferían un ambiente tangible, corporal, a la sala. El abrazo de palabras y sonidos era armonioso, pleno de sentido, alejado de esquemas. De medida justa.

La sala de exposiciones de la Alianza Francesa rebosaba caras atentas, reales —porque el público, sin ser fiel, es entendido y se releva en estos actos— y bosquejadas por la artista Cécile Marical en las paredes, hasta el techo.

Celan, Hierro...

La complicada y terrible razón de poesía de Celan es asumida por Josep Gerona (que también cita a Rafael Sánchez Ferlosio) en este pliego de homenajes, con ese dolor de agujas profundas y criatura «ofegada/ per la llengua/ que li obtura la gola» que envuelve la biografía de recovecos del poeta rumano de voz germana en tiempos de horror.

«Sí», insiste Gerona, «jo també porto endins allò,/ tot allò del mur de pedra/ que no cedirà mai» y se descubre esa misma desazón agria de una vida en crudo cuando todavía no ha aprendido a sonreír a la cámara, a la convención social.

Al martorellense Andreu González Castro le habíamos visto recitar en la pasada Festa Major y aun antes, en una de las veladas raras del Indus. Forma parte de ese ingrediente de voces jóvenes del pliego, aunque no se diría, por los versos («...y trepo a las alturas/ de mi inocencia ya casi olvidada/ solo y feliz, librado del lenguaje») y por los homenajeados: Truffaut y José Hierro.

Bellas durmientes

Da incluso cierto deleite escucharle, por inhabitual, con su recitar pausado, fatalista, lo del «olfateo los trazos temblorosos/ del yelmo de Mambriño,/ de ese Quijote acuchillado/ por la tristeza de tu pluma...».

Un fatídico paraíso oriental tiene citado Esteban Martínez



Josep Gerona y Esteban Martínez durante la lectura

FOTOS: E.BARNOLA

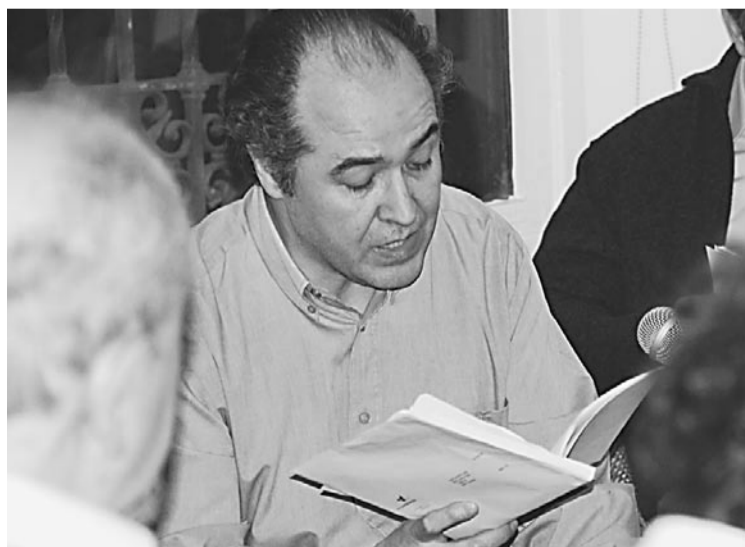


Glòria Alabern y Raquel Prat intercalaron música de jazz entre la lectura de los poemas

—DS—
Quince poetas han participado en un pliego que ilustra Natividad Ayala

en esta plaquette, dedicado a Yasunari Kawabata, premio Nobel japonés cuyas bellas durmientes se balancean en el frágil equilibrio del tiempo, la vida y el suicidio. Una interpelación, este *Mi Oriente*, al escritor nipón con delicado desencanto, un poema entre paneles de papel y sombras que pasan.

«Lo que quiere es saber qué/ le cuentan mis azules a los otros», adivina María Isabel García Marco a la *Muchacha en la ventana* de Dalí. El azul y los azules, confiesa,



Gerona recordó a Celan y Sánchez Ferlosio

son la línea continua de sus decires, «la intimidad que yo miro». Después, García Marco se deja caer por el terraplén de Bukowski el destructor: «me ha enseñado otra manera

de escribir poesía», explica, «desde el intestino»: «el taxista escupe las/ buenas noches pero se ajusta/ las gafas y me mira las/ tetas por el retrovisor».

Diluvió Quilo Martínez con su lírica de épicas indígenas, dedicada a Oswaldo Guayasamín, pintor ecuatoriano de raíz picassiana. Los escalones de cada pirámide de versos ascienden al cielo como un grito, como las manos densas de dolores que plasmó el artista. Primero el canto, el dolor y el llanto y luego el sueño o la utopía.

«Florecerán de nuevo las laderas del monte/ y habrá cantos de cuna en cada choza indígena (...) —voces heridas/ puños en alto—/ y sembrar de colores/ cordilleras y mar». Se cierra el círculo de la edad de los hombres.

Lo interior y lo exterior

Otro pulso, radicalmente distinto, replegado y discreto se resuelve en la poesía de Josep Maria Ripoll, sentado al barnizado secreter o gabinete de los ingleses. A Wallace Stevens y W.H.Auden dedica sus poemas, *Dues petites rèpliques*, con tic tac interior y roce de moqueta y pasmo: «Si dic el que m'envolta,/ dic el que em diu a mi?».

La constatación de lo relativo de la clemencia ante el dolor, del interior y de lo exterior, afila su sólo aparente atonismo: «No van equivocar-se, els vells mestres,/ sobre el dolor, quan van copsar/ —Brueghel, posem per cas— la calma/ a una certa distància del martiri».

Sin llegar las cimas de la desesperación de Cioran, Marcel Ayats compone uno de sus pequeños rompecabezas con un espacio vacío para mover las fichas y depositar el fuelle: «Anem on anem/ i mirem on mirem,/ arreu hi trobem el dolor/ atipant el seu ventre/ amb la nostra gana».

«Una paraula sola: uvas»

También el naufragio en Vladimir Holan conduce al mismo destino fatalista: «cansat d'anar més lluny/ per assolir sempre el mateix,/ l'arbre creix vers l'horitzó/ d'un avenir difunt».

Pero la bondad nívea de Víctor Mañosa, entregada a la traductora del hebreo lehuda Amikhai, nos hacen también a nosotros «sargantanes estes al sol». «El desig de l'home i tots els homes/ fermenta aquí en una paraula sola:/ «uvas»».

Sólo él tiene el toque de lo mínimo, el golpe definitivo de los detalles. ¿No es eso la poesía?